EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 12648

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes. 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor 24

LUNES 4 DE ENERO DE 1904

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en [illegible] fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 16; y J. Jones Faubourg-Montmartre 31

El cambio de trenes

La variacion del horario de salidas y entradas de trenes verificada desde primero del presente mes, ha beneficiado en gran manera a los viajeros, especialmente á los que tienen que trasladarse de Cartagena á Murcia y viceversa para hacer sus asuntos en el mismo dia; también ha beneficiado, si bien en menor proporcion, a las poblaciones comprendidas entre Cartagena y Alcazar de San Juan, puesto que cuentan con una nueva expedicion, ó sea la del misto de Andalucía; mas por lo que toca á otros intereses respetabilísimos, han sido, como suele decirse, partidos por el eje. Nos referimos á los intereses industriales y mercantiles.

En efecto, no ha hecho más que comenzar á regir dicho horario y ya ha concitado las quejas de los comerciantes.

Realmente no es el horario el que las causa: las engendra el arreglo en las expediciones postales, que no ha podido ser hecho de peor manera.

Antes de que se hiciera esta innovacion, traian correspondencia de Madrid el correo y el mixto, viniendo en este último la del N. de España y la extranjera; y como dicho tren llegaba á la estación á las nueve de la mañana, el comerciante disponía de muchas horas para contestarla y expedirla por el tren mixto de la tarde. Mas ahora ocurre todo lo contrario: el comerciante no dispone para contestar la correspondencia del día, dirigida á Madrid, al N. y al extranjero, de mas horas que las que median entre la entrada y salida del correo, tres horas y tres cuartos, de las que hay que deducir el tiempo que se necesita para realizar en la estafeta las operaciones preliminares del reparto y el reparto mismo; en punto dos horas y media, tiempo insuficiente que no es necesario probar que lo es.

El daño está en que se ha suprimido en el mixto de la mañana la correspondencia de Madrid, cosa rara viniendo el tren de dicha capital y habiéndose fundado la disposicion que ordenó que circularan comunicaciones postales en los trenes mixtos por el beneficio que se hacía al comercio.

Como lo hecho ahora está contra aquello, es lógico pensar que esos intereses comerciales que en todas partes del extranjero se miran como cuestion primera, aquí han pasado á ser secundaria, quién sabe si pensando en otros intereses que no son los del público si no los de las compañías.

Fuera de España todo tren de viajeros lleva un coche con correspondencias; sólo aquí en España, donde copiamos las cosas malas que vienen de fuera, pero nunca, o raras veces, las dignas de copiarse, se comprende que se suprima una expedicion postal tan importante como la del mixto de Madrid por que se establece la de Andalucía.

Lo lógico sería que las tres expediciones trajeran correo ó que por lo menos se hubieran dejado subsistentes las dos que existían, ya que lo único que faltaba para estar bien servido el comercio de aquí era espaciar la entrada y salida del correo general y se ha logrado haciendo que entre á las doce y salga á las tres y cuarenta y cinco.

El hecho de suprimir la correspondencia al mixto de la mañana ha producido primero asombro, después grandísimo disgusto y dicen, y tienen razón, los comerciantes, que si con el cambio que se ha hecho se ha querido beneficiar sus intereses más vale que volvamos á lo antiguo.

Aquello era racional, lógico y susceptible de mejora; por eso se pretendía que se mejorara.

Esto está falto de sentido común y bate el record de lo malo.

En España sucede con frecuencia eso. Y cuando se trata de mejorar algún servicio hay que echarse á temblar.

DESDE MADRID

Señor director:

Muy señor mio: Ha pasado otro año, lo que no constituirá una novedad para nadie, pero que á mí me sugiere hondas reflexiones.

Nacemos obligados por una deuda de vida, deuda de plazo indefinido, pero cierto y fatal, al que los años van acercándonos con sus pasos solemnes y despaciosos de doce meses

Cada año es un enemigo nuestro que pasa á ir á esconderse en las sombras, á reunirse con los que pasaron ya, y juntos empujarnos con fiereza indomable hacia el sepulcro.

Por eso los jóvenes vencen mejor en las luchas de la materia con la muerte: son pocos enemigos los que intentan precipitarles á la nada; con sus cuerpos recios y vigorosos pelean pocos años, su juventud, su robustez y su entusiasmo, les hace triunfadores; pero los años son cobardes y traicioneros, vengativos y rencorosos, y siguen hacinándose en las tinieblas para cuando se juntan muchos y el individuo es viejo, cercarle en cobarde y numeroso grupo, y, entonces sin temor de hallar resistencia fuerte, sin miedo á encontrar en el organismo cansado un resto de poder, abalanzarse sobre él y destruirle, pulverizarle, para que la materia envejecida y muerta, vaya á reunirse con la materia viva, y sigan el concierto universal, los átomos uniéndose á los átomos, y sucediéndose la vida por la transformación de la materia, puesto que principio axiomático y conocidísimo es aquel que en el mundo no se crea ni se pierde nada.

Por eso yo en vez de prorrumpir en gritos de goso y palmadas de júbilo, callo doloroso y resignado al escuchar en treinta y uno de Diciembre las doce campanadas de la noche.

Su sonido metálico me recuerda el de paletadas de tierra cayendo sobre un féretro; la noche me sugiere la imagen de la muerte, las sombras de lo desconocido, á los movimientos de alegría de los demás, uno mis estremecimientos de dolor, á sus esperanzas de jóvenes, mis desengaños de anciano, á sus rientes pensamientos mis melancólicas ideas y sus canciones alegres se me antojan cantos funerales...

Decididamente donde el placer impera, alterna la esperanza y suena la alegría, que cuando son bien en un viejo, como á un Santo Cristo un par de pistolas.

Pero como noto que voy poniéndome triste, cosa que me sucede harto á menudo, disimularé mis tristezas para no empañar sus alegrías: y ahogaré mis voces de dolor entre las voces de los demás pujantes y gozosas, frescas y robustas, y el alegre sonar de tabales y tambores con que los chiquillos corren las calles con el contento que les retoza en el alma y el villancico que brota de sus labios.

Se transforma la política española y los antiguos partidos tienden á desaparecer—perdonen ustedes lo cursi y arcáico de la frase.—Como este es un país donde el personalismo lo es todo, muerto Narvaez, desapareció el partido moderado, retirado Espartero, murió el progresista, y muertos Cánovas y Sagasta, casi fallecieron los conservadores. Maura, representa algo así como la reacción posible en la vida moderna, Montero y y Canalejas, partido radical, y Villaverde y Moret—que acabarán por desposarse—una especie de unión liberal en la que Moret acepta el programa económico de Villaverde, y Villaverde el programa económico de Moret.

Los republicanos ganan terreno, y el negarlo sería desconocer los hechos; pero si en España han de llegar á ser, es con la ayuda de los conservadores

Francia pudo hacer la República porque los intereses conservadores representados por Thiers y Mac-Mahón, la plantearon é infundió confianza al capital y al trabajo. Los republicanos solos, la harán difícilmente.

Así como la Restauración no se hizo en España para los Borbónicos, sino para muchos intereses que habían tomado parte en la revolución, la República, si se hace, se hará en gran parte para los conservadores.

Y al tiempo.

Si Moret, que fué el único hombre político español que vió claro en la cuestión de la guerra con los Estados Unidos, hubiera tenido la decisión de hacer en la Cámara española lo que hizo Thiers en la francesa, tal vez hubiera sido el primer presidente de la República en España.

¡Al Todo eso de la intervención [illegible] se habla á diario, me parece una solemnísima pamplina.

Más caida que ahora estaba España cuando la pérdida total de las Américas; nuestro crédito era nulo, nuestro ejército reducidísimo y nuestros hombres políticos más «servilones» y más inmorales que los actuales; era el país mucho más pobre, la industria y el comercio infinitamente más débiles, y la intervención no vino.

Una cosa es quitarnos Cuba á muchas leguas y con los Estados Unidos enfrente y cerca del teatro de la guerra, y otro entrar por Despeñaperros y por Galicia con un ejército de invasión.

En primer lugar porque somos mala gente para intervenidos, y en segundo porque la potencia que interviniese tendría que contar con la enemiga de las otras potencias, que no habían de ver con buenos ojos que una se engrandeciese sin engrandecerse las demás.

En la diplomacia armada ocurre algo de lo que pasa en las comidas de los ladrones: ó se pone la mesa para todos, ó no se le permite á uno solo que coma.

Pero ya se ve, como aquí el hambre se manifiesta por la pasión política, con objeto de hacer daño á los gobiernos, nuestros grandes rotativos pregonan por el mundo entero nuestro estado de miseria, y estamos haciendo de Gran Galeoto en las alcahueterías internacionales, encargándonos de labrar nuestro propio descrédito.

Como yo desprecio por igual todos los apasionamientos políticos, y como después de muchos años de vivir en los bastidores de la cosa pública española, creo tener el derecho de decir lo que siento, lo digo claro, porque soy tan pobre y tan insignificante, que gracias á Dios—soy todavía de los que creen en él—no voy detrás del concurso de nadie.

España es hoy más rica que hace dos años, hay más industria, más movimiento, más comercio, y si aquí se desarrollase la costumbre del ahorro—simbolizada por algo que no fuera la lotería—podríamos volver á ser algo en el mundo.

Y como me he extendido demasiado en cuestiones políticas y financieras—porque sabe uno tanto que no se puede ir á la mano—gratificaré á ustedes con un regalo de primero de año; con un nuevo colmo.

—¿Saben ustedes cuál es el de un almacenista de maderas?—Pues que le salgan las niñas traviesas.

Garci-Fernández.

e la fuerza del escocés no pudo retener este brazo que el aceite de que estaba frotado lehacia resbalarse como una anguila. El Bheel hirió á Tarlesby con su largo cuchillo y se arrojó fuera de la tienda. Burtell despertó en seguida y corrió á Tarlesby.

En vez de ocuparse de su herida y de procurar perseguir al ladron, Jorge empezó por asegurarse de la presencia del tesoro.

—¿Y vuestra caja? gritó al teniente.

—¿Estais herido?

—¡No es nada! Ved primero si os han quitado vuestros «geld-mohurs.

—La caja está bajo mi lecho, replicó Burtell, vedla; yo corro tras los bandidos.

Tarlesby conocia demasiado bien las costumbres y los ardides de los indios, para no procurar detener á su imprudente amigo; pero el fogoso oficial no le escuchó y partió corriendo.

Conservando siempre en sangre fria en medio de los mas grandes peligros, Tarlesby llamó á los musalchis y los mandó encender las antorchas; apenas tuvo fuerza para acabar la orden. Debilitado por la pérdida de la sangre sintió una nube pasar por sus ojos, y perdió el conocimiento.

Asegurado por el profundo silencio y la respiración igual de los ingleses dormidos, tomó el cuchillo que llevaba entre los dientes y sin ruido alguno hizo una gran abertura en el lienzo; en seguida se volvió á echar boca abajo y escuchó de nuevo. Nada habia cambiado en el interior.

Cuando sus ojos acostumbrados á ver en la oscurido, se hubieron dado cuenta de la posición de los dormidos, continuó abansando. Al menor ruido, al roce mas imperceptible, se paraba, conteniendo su respiración. Al fin llegó al lecho de Tarlesby. Se levantó lentamente sobre las rodillas y miró en torno de si. Bien pronto distinguió el estremo de la caja barreada que encerraba la pedreria. Sus ojos brillaron. Cogió la caja por uno de sus estremos y la trajo dulcemente hácia si. Ya habia sacado casi la mitad de ella de debajo de la cabeza del dormido, cuando Tarlesby hizo un movimiento.

El indio se arrojó en seguida boca á bajo y permaneció inmóvil. Cinco minutos pasaron sin que volviera á emprender su trabajo. Tomó los vestidos abandonados sobre la mesa, y los puso bajo la almohada de Tarlesby por el lado opuesto á aquel por donde retiraba la cita. Desgraciadamente para él, en el momento que arrebataba el tesoro, Tarlesby despertó de pronto y le asió por un brazo. Cualquiera que fue-

Al aproximarse la noche se detuvo la caravana y se dispusieron á levantar las tiendas y á preparar la comida. En seguida se vieron brillar alrededor del claro unas setenta hogueras pequeñas. En efecto, en un campamento indio se encuentran, en el momento de comer, casi tantas hogueras como indios. Ninguno pudo comer más que con las que pertenecen á su misma subdivisión de casta, y las castas se multiplican de tal modo, que rara vez se ven cuatro indios cocer su arroz en una misma vasija,

Cerca de las nueve todo se estinguió. Debian partir otra vez á la aurora y cada uno se disponia á fumar su última pipa antes de entregarse al sueño.

Los ingleses menos sybaritas se hacen seguir en la India de un bagaje tan considerable que viven en camino absolutamente como en sus casas. Almuerzan toman tiffin, comen; en una palabra el Anglo-Indiano sigue siempre sus costumbres.

Por esto habian servido á Burtell y á Tarlesby una comida completa con mantel, vajilla, vino de Burdeos «sherry», etc. todo seguido de un regimiento de tazas de té, complemento obligado de una comida inglesa.

Velaron hasta muy tarde los dos hablando y fumando. Dos horas antes de amanecer, viendo que todo estaba tranquilo en derredor, concluyeron por acostarse y dormirse.